

ban á Dios, que hacia temblar á los reyes.

En nuestros tiempos, si se estableciera en Francia el poder absoluto de uno solo, careceríamos de este recurso á ideas magestuosas, á ideas que dominando sobre el género humano entero, consolaban de los acasos de la suerte; y la razon filosófica opondria ménos diques á la tiranía, que la indómita creencia, que el intrépido rendimiento del entusiasmo religioso.

---

## CAPITULO XX.

---

*Del Siglo diez y ocho hasta el año de 1789.*

ESTA época es aquella en que la literatura dió impulso á la filosofía. No hallándose defendidos ya los mismos abusos por la misma autoridad, despues de muerto Luis XIV, dirigióse la reflexion hácia las cuestiones relativas á la religion y política; y dió principio

la revolucion de los espíritus. Conocidos en Francia los filósofos ingleses, fuéron una de las primeras causas de aquel espíritu de analisis que llevó tan adelante á los escritores franceses; pero, prescindiendo de esta causa particular, el siglo que se sigue al de la literatura es en todos los países, como he procurado probarlo, el del pensamiento. ¡Feliz si los Franceses son harto favorecidos por la suerte, para que el hilo de los progresos metafísicos, de los descubrimientos en las ciencias, y de las ideas filosóficas, no se rompa todavía en sus manos!

La libertad de las opiniones comenzó, en Francia, por algunas impugnaciones contra la religion católica; en primer lugar, porque eran los únicos atrevimientos sin consecuencia para el autor; y en segundo, porque Voltaire, el primer hombre que haya popularizado la filosofía en Francia, hallaba en esta materia un inagotable caudal de bur-las, todas conformes con la índole francesa, y aun con la de los cortesanos.

No reflexionando estos últimos sobre la

intima conexion que debe existir entre todas las preocupaciones, esperaban á un mismo tiempo mantenerse en una situacion fundada sobre el error, y engalanarse á sí mismos con un espíritu filosófico; querian despreciar algunas de sus prerogativas, y conservarlas sin embargo; discurrían que únicamente sus poseedores serian iluminados sobre los abusos, y que el vulgo proseguiria creyendo, miéntras que gozando un corto número de hombres como siempre de la superioridad de su clase, agregaria tambien á esta superioridad la de su ciencia; y se lisonjeaban de poder mirar por mucho tiempo como bobos á sus inferiores, sin que estos se cansasen nunca de semejante situacion. Ningun hombre podia, mejor que Voltaire, aprovecharse de esta disposicion de los nobles de Francia; porque es posible que él mismo tenia parte en ella.

Voltaire era amigo de los señorones, lo era de los reyes; y mas bien queria ilustrar que mudar la sociedad. La gracia picante, el exquisito gusto que reinaban en sus obras,

le ponian casi en la necesidad de tener por juez el espíritu aristocrático. Quería que las luces fuesen de finos modales, que fuese de moda la filosofía; pero no sublevaba las impresiones vehementes de la naturaleza; no llamaba de lo interior de las selvas, como Rousseau, la tempestad de las pasiones primitivas, para conmover el gobierno sobre sus antiguos fundamentos. Con la chanza y el arma de la ridiculez debilitaba Voltaire gradualmente el valor de algunos errores; desarraigaba del todo alrededor lo que la tempestad destruyó tan facilmente despues; pero no preveia, ni queria la revolucion que él preparó.

No conformándose con sus opiniones una república fundada sobre un sistema de igualdad filosófica, no podia ser su oculto fin. No echamos de ver en sus escritos una idea lejana, un encubierto designio: aquella claridad, aquella facilidad que distinguen sus obras, permiten verlo todo, y no dejan que adivinar nada.

Llevando Rousseau en su seno un alma

doliente, que la injusticia, la ingratitud, los estúpidos desprecios de los hombres indiferentes y ligeros habian atravesado por mucho tiempo; Rousseau, cansado del orden social, podia recurrir á las ideas meramente naturales. Pero la suerte de Voltaire era la obra maestra de la sociedad, de las bellas artes, de la civilización monárquica; aun debía temer arruinar lo que él impugnaba. El mérito é interes de las mas de sus burlas dependen de la existencia de las preocupaciones de que él se mofa.

Cuantas obras sacan de las circunstancias del momento un mérito de cualquiera especie, no conservan una gloria inalterable. Podemos considerarlas como una accion de un cierto dia, pero no como libros inmortales. El escritor que no indaga mas que en la inmutable naturaleza del hombre, en el pensamiento y afectos, lo que debe iluminar los espiritus de todos los siglos, es independiente de los sucesos; estos no mudarán nunca nada en el orden de las verdades que semejante escritor esplana. Pero algunas de

las obras en prosa de Voltaire son ya como las Cartas Provinciales: gustamos de su gracia, pero abandonamos su asunto. ¿De que nos sirven ahora las burlas sobre los Judíos ó sobre la religion católica? Pasó ya el tiempo de ello: las Filípicas de Demóstenes, por el contrario, son siempre contemporáneas, á causa de que él hablaba al hombre, y que el hombre ha quedado.

En el siglo de Luis XIV, la perfeccion del arte mismo de escribir era el principal objeto de los escritores; pero en el siglo diez y ocho, se ve ya que la literatura toma un aspecto diferente. No es ya un arte solamente, sino tambien un medio; se convierte en un arma para el talento humano, al que ella se habia contentado con instruir y divertir hasta entónces.

La chanza era en tiempo de Voltaire, como los apólogos en el Oriente, un modo alegórico de dar á entender la verdad bajo la dominacion del error. Montesquieu tentó esta especie de mofa en sus *Cartas Persianas*, pero no tenia la alegria natural de Voltaire;

y lo suplió á puro talento. Obras de una mas profunda concepcion le señalaron su lugar: y millares de pensamientos nacióron del suyo. Analizó todas las cuestiones políticas sin entusiasmo, sin sistema positivo. Hizo ver; otros escogiéron. Pero si el arte social llega algun dia en Francia á la certeza de una ciencia en sus máximas y aplicacion, deben contarse sus primeros pasos desde Montesquieu.

Rousseau vino despues. No descubrió nada, pero lo inflamó todo; y la idea de la igualdad, que produce muchas mas tempestades que el amor de la libertad, y que da origen á cuestiones de una clase muy diferente, y á sucesos de una mas terrible naturaleza, la idea de la igualdad, en su grandeza como en su pequenez, se pinta en cada línea de los escritos de Rousseau, y se apodera del hombre todo entero por las virtudes como por los vicios de su naturaleza.

Voltaire llenó por si solo aquella época de la filosofía, en que es preciso habituar á los hombres como á los niños á jugar con

lo que ellos temen. Llega despues el momento de examinar los objetos de cara; y en seguida últimamente de hacerse dueño de ellos. Voltaire, Montesquieu, Rousseau, recorriéron estos diversos periodos de los progresos del pensamiento; y, como los dioses del Olimpo, salvaron el espacio en tres pasos.

La literatura del siglo diez y ocho se enriqueció con el espíritu filosófico que la caracteriza. La pureza del estilo, la elegancia de las espresiones, no pudiéron hacer progresos despues de Racine y Fenelon; pero dando el método analítico mas independencia al talento, dirigió la reflexion hácia una infinidad de objetos nuevos. Las ideas filosóficas penetraron en las tragedias, en los cuentos, hasta en los escritos de mero recreo; y uniendo Voltaire la gracia del siglo anterior con la filosofía del suyo, supo hermosear el embeleso del ingenio con todas las verdades cuya aplicacion no se tenia por posible todavía.

Voltaire adelantó el arte dramático, aun-

que él no haya igualado con la poesía de Racine. Pero sin imitar las incoherencias de las tragedias inglesas, aun sin tomarse la libertad de trasladar todas sus perfecciones al teatro frances, pintó el dolor con mas energía que los autores que le precedieron. En sus piezas, las situaciones son mas fuertes, se pinta la pasion con mas abandono, y las costumbres teatrales se asemejan mas á la verdad. Cuando la filosofía hace progresos, todo camina con ella; y los afectos tienen su progreso con las ideas. Una cierta servidumbre del espíritu le impide al hombre observar lo que él experimenta, confesárselo á sí mismo, y espresarlo; pero la independencia filosófica sirve, por el contrario, para conocer mejor la naturaleza humana, y la de uno propio. La conmocion producida por las tragedias de Voltaire es pues mas fuerte, aunque se admiran mas las de Racine. Los afectos, situaciones, y genios que Voltaire nos presenta, dependen mas cercanamente de nuestros recuerdos. Importa para la perfeccion de la moral misma que el teatro nos

presente siempre algunos modelos superiores á nosotros; pero el enternecimiento es tanto mas profundo, cuanto mejor sabe recordar el autor nuestros propios afectos á nuestro pensamiento.

¿Qué papel mas afectuoso en el teatro que el de Tancredo? Fedra nos infunde asombro, entusiasmo; pero su naturaleza no es la de una muger sensible y delicada. Tancredó, hacemos memoria de él como de un héroe al que hubiéramos conocido, como de un amigo á quien hubiéramos echado ménos. El valor, la melancolia, el amor, cuanto hace querer y sacrificar la vida, todas las especies de deleite del alma están reunidas en este admirable asunto. El defender la patria que nos ha proscripto, salvar á la muger que uno ama cuando la cree culpable, abrumarla de generosidad, y no vengarse de ella mas que entregándose á la muerte; ¡qué sublime naturaleza, y sin embargo en armonía con todas las almas tiernas! explicado este heroismo con el amor, no asombra mas que á la reflexion. El interes que la pieza

inspira exalta tan fuertemente á los espectadores que todos ellos se tienen por capaces del mismo sacrificio.

Aquella profunda admiracion de Amenaída para con Tancredo, y aquel sagrado aprecio de Tancredo para con Amenaída; quanto no aumentan uno y otro la intension del dolor! ¿Qué puede perder en la vida Fedra, que no es amada? Pero esta felicidad frustrada por la suerte, la confianza mutua, aquel supremo bien, denigrado por la calumnia! La impresion de esta situacion es tal, que el espectador no podria soportarla, si Tancredo muriera sin saber de Amenaída que ella no ha cesado nunca de amarle. La dolorosa escena del desenlace produce una especie de alivio. Tancredo espira al tiempo que el hubiera deseado vivir; muere sin embargo con un afecto mas dulce.

Ah! ¿quien no experimenta, en efecto, que vale mas bajar al sepulcro con afecciones que hacen echar ménos la vida, que si la soledad del corazon nos hubiera herido anticipadamente de muerte? En aquella futura

incertidumbre que se presenta confusamente mas allá del término de nuestra existencia, los que nos amaron, parecen deber seguirnos todavía; pero si hubiéramos cesado de apreciar sus virtudes, de creer en su afecto; si estuviéramos ya solos, ¿en donde estaria el apoyo de nuestra esperanza? con qué conmocion podria elevarse nuestra alma hasta el cielo? en qué corazon quedaria el vestigio de aquel ser pasajero que implora la duracion? qué deseos se elevarian hácia la suprema inteligencia, para rogarle que no rompa la cadena de recuerdos que une dos existencias?

Los pensamientos que recuerdan, de cualquier modo, á los hombres lo que les es comun á todos, causan siempre una profunda conmocion; y tambien bajo este aspecto las reflexiones filosóficas introducidas por Voltaire en sus tragedias, cuando semejantes reflexiones no son muy difusas, reúnen el interes universal con las diversas situaciones que él pone en escena. Examinaré, en la segunda Parte de esta obra, si

pueden acomodarse tambien á nuestro teatro algunas nuevas perfecciones, mas inmediatas á la imitacion de la naturaleza; pero no puede negarse que Voltaire haya adelantado un paso mas, bajo este aspecto, el arte dramático, y que la virtud de los efectos teatrales se haya acrecentado con ello.

La ilustracion literaria del siglo diez y ocho es debida principalmente á sus escritores en prosa. Bossuet y Fenelon deben citarse sin duda como los primeros que hayan dado el ejemplo de reunir en un mismo lenguaje quanto la prosa tiene de precision, y la poesia de imaginacion. Pero ¿quanto no enriquecieron el arte de escribir en francés Montesquieu con la enérgica espresion del pensamiento, y Rousseau con la pintura elocuente de la pasion?

La regularidad de la versificacion proporciona una especie de gusto á que la prosa no puede llegar; es una sensacion física que nos dispone al enternecimiento ó entusiasmo; es una dificultad vencida sobre cuyo mérito juzgan los inteligentes, y que aun

causa á los ignorantes un gozo que ellos no pueden analizar. Pero es necesario confesar tambien todo el encanto, todo el gozo de las imágenes poéticas y mociones de elocuencia de que la prosa perfeccionada nos presenta tan admirables ejemplos. Racine mismo hace á la rima, al hemistiquio, al número de las silabas, diversos sacrificios de estilo; y si es verdad que la espresion justa, la que representa hasta la mas leve diferencia, hasta el mas fugaz vestigio de nuestras ideas; si es verdad que esta espresion sea única en la lengua, que ella no tenga equivalente, que hasta la eleccion de las transiciones gramaticales, de los artículos entre las palabras, todo pueda servir para aclarar una idea, para despertar un recuerdo, para apartar un cotejo inútil, para transmitir un impulso como le experimentamos, para perfeccionar finalmente aquel sublime talento que hace comunicar la vida con la vida, y revela al alma solitaria los secretos de otro corazon y las impresiones íntimas de otra criatura; si es verdad que una suma delicadeza de estilo no

permitiria, en los periodos elocuentes, la mas leve mudanza sin ofenderse de ello, si no hay mas que un modo de escribir lo mejor posible ¿ es creible que se pueda encontrar siempre este modo único con las reglas de los versos ?

La armonía del estilo en prosa hizo grandes progresos ; pero esta armonía no debe imitar el efecto músico de los bellos versos ; si quisiéramos tentarlo , haríamos monotona la prosa, ó cesaríamos de ser libres en la eleccion de nuestras espresiones sin resarcirnos con la consonancia de la poesia versificada. La armonía de la prosa, es la que la naturaleza indica por si misma á nuestros órganos. Cuando estamos conmovidos, el sonido de la voz se temple para implorar la piedad, el acento se vuelve mas severo para espresar una resolucion generosa ; él se eleva, se precipita, cuando queremos arrastrar hácia nuestra opinion á los inciertos oyentes que nos circundan : el talento, es la facultad de llamar á sí, cuando uno quiere, todos los recursos, todos los efectos de los

impulsos naturales : cuya movilidad de alma nos hace recibir de la imaginacion la conmocion que los demas hombres no podrian experimentar mas que con los sucesos de su propia vida. Los mas divinos pasages en prosa que nos sean conocidos, son la lengua de las pasiones invocada por el ingenio. El hombre sin talento literario hubiera hallado estas espresiones de que nos admiramos, si la desgracia hubiera agitado profundamente su alma.

En los campos de Filipos, esclama Bruto : « Ah ! virtud, ¿ no serias acaso mas que una fantasma ? » El tribuno de los soldados romanos, que los conducia á una muerte cierta para forzar un puesto importante, les dice : « Es preciso ir allá, pero no es preciso volver. *Ire illuc necesse est, undè redire non necesse.* » Aria dice á Peto al entregarle el puñal : « Ten, esto no hace mal. » Haciendo Bossuet el elogio de Carlos I, en la Oracion fúnebre de su muger, hace una pausa, y dice mostrando su féretro : « Ese corazon, que no vivió nunca mas que para él ; se des-



pierta, enteramente polvo como él es, y se vuelve sensible, aun bajo ese paño de tumba, al nombre de un esposo tan querido. » Dispuesto Emilio á vengarse de su dama, esclama : « Infeliz ! le haces pues un mal que tú no sientes. » ¿ Como distinguir en semejantes dichos lo que es necesario atribuir á la invencion ó á la historia, á la imaginacion ó á la realidad ? Heroismo, elocuencia, amor, cuanto eleva el alma, cuanto la exime de la personalidad, cuanto la engrandece y honra, pertenece al dominio de la conmocion.

Desde el momento en que la literatura empieza á mezclarse en objetos serios ; desde el momento en que los escritores medio ven la esperanza de influir sobre la suerte de sus conciudadanos con la esplanacion de algunas máximas, con el interes que ellos pueden dar á algunas verdades, se perfecciona el estilo en prosa.

M<sup>te</sup> de Buffon se recreó en el arte de escribir, y le llevó muy adelante ; pero aunque él pertenecia al siglo diez y ocho, no salió de la esfera de los triunfos literarios ; no

quiere componer, con bellas palabras, mas que una bella obra ; no pide á los hombres mas que su aprobacion ; no trata de influir en ellos, ni de conmoverlos hasta lo íntimo de sus almas ; la palabra es tanto su fin como su instrumento ; no llega pues al supremo grado de la elocuencia.

En los paises en que el talento puede mudar la suerte de los imperios, se acrecienta el talento por medio del objecto que él se propone : un tan noble fin inspira elocuentes escritos por el mismo impulso que hace capaz de animosas acciones. Todas las recompensas de la monarquía, cuantas distinciones puede ofrecer ella, no darán jamas un impulso igual al que la esperanza de ser útil engendra. La filosofia misma no es mas que una frívola ocupacion en un pais, en que las luces no pueden penetrar hasta las instituciones. Cuando el pensamiento no puede conducir nunca á la mejora de la suerte de los hombres, se vuelve él, por decirlo así, una ocupacion afeminada ó pedantesca. El que escribe sin haber obrado ó

sin querer obrar sobre el destino de los demás, no imprime nunca en su estilo é ideas el sello del carácter y dominio de la voluntad.

Hácia el siglo diez y ocho, concibiéron algunos escritores franceses, por la primera vez, la esperanza de propagar útilmente sus ideas especulativas; su estilo tomó con ello un acento mas varonil, y su elocuencia un calor mas propio. Cuando el literato vive en un pais en que el patriotismo de los ciudadanos no puede ser mas que un afecto estéril, está precisado, por decirlo así, á suponerse pasiones para pintarlas, á estimularse á la conmocion para coger sus efectos, á modificarse para escribir, y á colocarse, si le es posible, fuera de sí mismo para examinar qué partido literario puede sacar de sus opiniones y afectos.

Se descubren ya los primeros visos de la gran mudanza que la libertad política debe producir en la literatura, comparando los escritos del siglo de Luis XIV y los del siglo diez y ocho : pero ¿qué fuerza no adquiriría

el talento en un gobierno en que el ingenio fuera una verdadera potestad? El escritor, el orador se siente exaltado con el valor moral ó político de los intereses que él trata. Si aboga por la víctima en presencia del asesino, por la libertad ante los opresores; si los desgraciados á quienes defiende, oyen temblando el sonido de su voz, se quedan descoloridos cuando vacila, y pierden toda esperanza cuando la espresion triunfante se oculta de su convencido espíritu; si le están confiados los destinos de la patria misma, debe tratar de arrancar á los genios egoistas de sus intereses, de sus terrores, de engendrar en sus oyentes aquel impulso de la sangre, aquel enagenamiento de la virtud que una cierta elevacion de elocuencia puede infundir momentáneamente, aun á los delincuentes. ¡Cuanto no sobrepujará en semejante situacion, con semejante designio, á sus propias fuerzas! Hallará ideas, espresiones, que solo la ambicion del bien puede hacer descubrir; sentirá su ingenio palpitar en su seno, y podrá en algun

dia exclamar enagenado , al volver á leer lo que haya escrito, lo que haya dicho en semejante momento, como Voltaire al oír declamar sus versos: «No, no he hecho yo eso.» No, el hombre solitario, y armado de sus facultades intelectuales solamente, no llega efectivamente con su propio vuelo á aquellos pensamientos de elocuencia, cuya irresistible autoridad dispone de todo nuestro ser moral: es el hombre cuando puede salvar la inocencia, es el hombre cuando puede destruir la tiranía, es el hombre finalmente cuando se consagra á la felicidad de la humanidad: él se cree, él experimenta una inspiración sobrenatural.

¿Permite la revolución á la Francia tanta emulación y gloria? Lo examinaré en la segunda Parte de esta obra. Se terminan aquí mis reflexiones sobre lo pasado. Voy á examinar ahora el actual espíritu, y presentar algunas conjeturas sobre lo venidero. Diversos intereses mas animados, y pasiones vivas todavía, juzgarán esta nueva clase de investigaciones; pero conozco sin embargo que

puedo analizar lo presente con tanta imparcialidad como si el tiempo hubiera devorado los años que estamos recorriendo.

Entre cuantas abstracciones permite la solitaria meditacion, la mas fácil, en mi concepto, es la de generalizar nuestras observaciones sobre lo que vemos, como las que se harian sobre la historia de los anteriores siglos. El ejercicio del pensamiento, mas que cualquiera otra ocupacion de la vida, desapega de las pasiones personales. El enlace de las ideas, y la nueva progresion de las verdades filosóficas fijan la atencion mental mucho mas que las relaciones pasajeras, incoherentes y parciales que pueden existir entre nuestras circunstancias particulares y los acontecimientos de nuestro tiempo.

---

---

TABLA  
DE LOS CAPITULOS.

---

PRIMERA PARTE.

DE LA LITERATURA ENTRE LOS ANTIGUOS Y MODERNOS.

CAP. IX. DEL Espiritu general de la Literatura entre los modernos. . . . .	5
CAP. X. De la Literatura italiana y española. . . . .	20
CAP. XI. De la Literatura del Norte. . . . .	54
CAP. XII. Del principal defecto de que reconvienen en Francia á la Literatura del Norte. . . . .	72
CAP. XIII. De las Tragedias de Shakespeare. . . . .	80
CAP. XIV. De la Chanza inglesa. . . . .	105
CAP. XV. De la Imaginacion de los Ingleses en sus poesías y novelas. . . . .	118
CAP. XVI. De la Elocuencia y Filosofía de los Ingleses. . . . .	139



